

prano, y bajada allí junto al pueblo una mala barranca, pasó por el vado un río que corre por ella, y andadas finalmente dos leguas de mal camino, en que se pasan muchas cuestras, barrancas y arroyos, y un poblecito de la misma guardianía, llamado San Francisco, llegó muy mojado de agua del cielo á otro poblezuelo poco mayor y de la misma guardianía, llamado San Juan, en el cual fué muy bien recibido y le dieron los indios de comer y hicieron mucha caridad. De allí salió despues de comer con un agua muy menuda, y andadas otras dos leguas de camino muy mojado y resbaloso, cuestras arriba y cuestras abajo, llegó hecho una sopa de agua, ya tarde, á un buen pueblo de la misma guardianía de Xalapa, llamado Ixuacan, en el cual fué recibido con tanta fiesta y música y concurso de indios y indias, como si todavía fuera Comisario general: salieron tambien á recibirle un buen trecho del pueblo algunos españoles, no obstante que actualmente llovía. Dánse en aquel pueblo muchas y muy buenas peras, albarcoques, manzanas y otras frutas de Castilla, y dáse mucha y muy buena miel blanca de abejas. Hiciéronle los indios mucha caridad, y descansó allí toda aquella noche, aunque fatigaba mucho el recio frío que por entónces hacía.

Jueves dos de Marzo, salió el padre Ponce de Ixuacan muy de día, con una niebla muy espesa y obscura, y pasados dos arroyos y un poblecito de la misma guardianía llamado Sanctiago, una legua pequeña de Ixuacan, y andadas otras tres leguas largas en que se pasa otro arroyo y un puerto muy alto, llegó, á horas de comer y muy cansado, á un poblecito de siete ó ocho casas llamado Cuauhtotolapan, visita tambien de Xalapa. La legua y media de aquellas tres últimas es de cuestra arri-

ba entre pinares, de camino muy agro, entre llanos, el cual estaba llovido; y hacia por allí muy recio frío, cual lo suele hacer en Castilla por aquel mesmo tiempo, especial en lo alto de la cuestra, á dónde corría un viento tan recio y frío, que fué menester pasar muy aprisa y no detenernos cosa ninguna por no helarnos. Desde allí al pueblo estaba el camino seco y no hacia frío, á lo menos no se sentía con el calor del sol que ya calentaba mucho, pero todavía cuestra abajo por entre pinos, encinas, sabinas y alisos. En el pueblo le hicieron, los pocos indios que había, la caridad que pudieron que no fué poca, con que descansó aquella tarde y parte de la noche, en la cual padecimos frío excesivo, porque el aposento estaba muy desabrigado á causa de que las paredes eran de maderos de sabinas, hincados unos junto á otros tan apartados que entraba y salía el viento y frío como si no hubiera defensa ninguna, no obstante que entre madero y madero pusieron los indios mucha de aquella yerba, que se cria en los pinos y encinas y en otros árboles en tierra fría, la cual, como dicho es, se llama paxtle y es muy blanda; y della hicieron tambien aquella noche las camas.

Viernes tres de Marzo, salió el padre Ponce muy de madrugada de aquel pueblo, y andadas siete leguas largas de camino llano y desierto, por unos prados y dehesas por entre sabinas y encinas y algunos pinos, llegó muy cansado háto ya de andar á un pueblo de indios popolocas, visita de clérigos, llamado Sanct Hierónimo Alxuxuca. No hay en aquellas siete leguas río, ni arroyo, fuente ni pozo, ni otra agua, sino solamente una laguna algo apartada del camino, junto á unas minas de plata, que ya no se beneficiaban, y con todo esto en



tiempo de aguas se apacienta por allí gran suma de ganado menor. En Alxuxuca habia muy ruin recado, y así se remedió mal la necesidad que llevábamos; aquella tarde salió de aquel pueblo el padre Ponce, y andadas dos leguas de camino llano, en que se pasan dos estancias de ganado menor, llegó á un poblecito de los mismos indios popolocas, llamado San Francisco, visita de nuestro convento de Quechulac, donde de los naturales y del guardian que á la sazón se halló allí, que andaba confesando, fué recibido con mucha fiesta y música, y aun algunos indios lloraban de contento y alegría de verle. Agradecióselo á los unos y á los otros, y pasó adelante yendo por guía el guardian sobredicho; y andada una legua en que se baja una mala cuesta, llegó á otro pueblo llamado Santiago, de los mismos indios y visita, donde asimesmo fué recibido con grande fiesta. Pasó de largo, y pasadas algunas barrancas, y andada otra legua, llegó ya noche al pueblo y convento de Quechulac, donde se le hizo muy solemne recibimiento y descansó aquella noche y el día siguiente, hasta despues de comer. Estando comiendo acudieron los indios principales y le ofrecieron una carga de pan, y media arroba de vino y un cestillo de albarcoques, que por ser el tiempo que era fueron muy estimados.

Sábado cuatro de Marzo, á las dos de la tarde, salió el padre Ponce de Quechulac, y andadas dos leguas, llegó temprano al pueblo y convento de Tecamachalco; á la una legua le salieron á recibir más de treinta españoles de los principales que moran en aquel pueblo y le acompañaron hasta él, en el cual habia hechos muchos arcos y ramadas, y estaban puestas á trechos muchas cuadrillas de indios con mucha música, y los frai-

les que estaban en el convento que eran muchos, por haber ido con el padre Comisario que habia llegado allí la tarde ántes, le recibieron como si todavía fuese prelado. Salió el nuevo Comisario hasta la iglesia, donde se abrazaron despues de muchos comedimientos muy familiares, y despedida toda la gente se entraron los frailes en el convento, y ambos Comisarios viejo y nuevo estuvieron á solas hablando como una hora hasta que los llamaron á colación y se sentaron todos á hacerla.

Estando haciendo colación, luego así como la comenzaron sobrevino un tan recio y repentino dolor de ijada al padre Ponce, que aunque procuró disimularlo un poco de tiempo, no fué posible dejarse de levantar de la mesa y irse á la cama, y aunque con aplicarle paños calientes aljó el dolor algun tanto, con que pudo levantarse y ir á la celda del nuevo comisario y entregarle los sellos del oficio, tornó luego á crecer y á agravarse con tanta furia, que le tuvo en la cama hasta las nueve de la mañana del lunes siguiente en un continuo grito, sin poder comer, ni dormir, ni reposar, lleno de angustias y vascas, dando vuelcos á una parte y á otra sin que se le pudiese dar remedio, aunque le aplicaron muchas medicinas, porque cada español traía ó decía la suya; cosa que á todos causó notable tristeza y pena, y quien más lo sentía, al parecer, era el Comisario nuevo que no cesaba de quejarse de su desgracia, pues á tal tiempo habia sucedido aquella tan grande. Algunas imaginaciones y aun sospechas hubo de que le habian dado algun veneno en la colación, pero nada desto intervino, porque ni tuvo calentura, ni estuvo siempre en un ser aquel dolor sino que crecía y menguaba, y aun, con unos polvos de estiércol de ratones que le dieron á beber disfr-



zados en un poco de vino, durmió un poco, aunque luego volvió el dolor con las angustias. El origen y principio de aquel mal fué el agua que le cayó encima, y el frio excesivo que pasó desde Xalapa á Quechulac, que todo esto se le metió en la ijada y se le arraigó tanto en ella, que para su cura perfecta fueron menester muchos beneficios y aplicarlos poco á poco, como despues se hizo, con que mediante Dios quedó sano.

*De como llevaron al padre Ponce á curar á la Puebla de los Angeles, donde entregó al padre Comisario los papeles que tenia, y sanó de aquella enfermedad.*

Estaba tan fatigado y peligroso el padre fray Alonso Ponce en Tecamachalco, que á todos los frailes y españoles seglares de aquel pueblo movia á compasion, y cada uno (como dicho es) acudia con su remedio y medicina, deseando verle sano y libre de aquella enfermedad tan penosa; pero viendo los frailes que nada aprovechaba, acudieron al padre Comisario á pedirle que le hiciese luego llevar á la Puebla de los Angeles, pues allí habia enfermería, médicos y medicinas, con que poder ser mejor medicinado, encargándole sobre esto la conciencia y que mirase que á él echaria todo el mundo la culpa si el padre Ponce se moria en aquel pueblo, pues no queria enviarle á donde le podrian curar. Visto esto por el padre Comisario, no obstante que tenia primero determinado que el padre Ponce no pasase por entónces de Tecamachalco, y que allí se curase por no desabrir al

Virey, á quien en ello daba gusto, y por evitar dichos de frailes mal intencionados, que no querian que fuese á la Puebla, ni se viese con el Obispo de Tlaxcalla, lo cual aun el mismo Comisario tambien queria segun lo daba á entender, creyendo lo que los frailes sobredichos sobre esto le decian; con todo esto viendo la necesidad tan urgente y el peligro tan manifesto, y temiendó lo que á él se le podria imputar si allí muriese el padre Ponce, determinó de dar licencia para que le llevasen á la Puebla, y así lunes diez de Marzo, entre las nueve y las diez de la mañana le hizo poner en unas andillas cubiertas con una frazada, y que á hombros de indios le llevasen, porque de otra manera era imposible. Salió así de Tecamachalco, y andadas muy despacio tres leguas con un sol que abrasaba, llegó ya tarde al pueblo y convento de Tepeaca, donde se detuvo hasta que se puso el sol; y á aquella hora salió de allí, y andadas otras tres leguas llegó á las diez de la noche al pueblo y convento de Amozoc, donde estuvo lo restante de la noche muy fatigado, como tambien habia estado por todas aquellas seis leguas, sin quererle aflojar un punto el dolor.

Martes once de Marzo, alto el sol, salió de Amozoc, y andadas otras tres leguas pequeñas, llegó á medio dia en punto, á la cibdad y convento de la Puebla de los Angeles, llevaronle á la enfermería, y cuando en el pueblo se supo su llegada, todos generalmente se holgaron; otro dia le fué á ver el Obispo y toda la gente principal, así eclesiásticos como seglares, mostrando los unos y los otros grandísimo contento de ver volver á aquella cibdad al que con tanta violencia y injusticia habian della sacado, aunque por verle tan enfermo, flaco y debilitado, sentian pena notable temiendo no muriese; pero fué



nuestro Señor servido, que con buenas curas que le hicieron y medicinas que le aplicaron, así por la boca como por abajo, y con fomentaciones en la mesma ijada, en poco tiempo se le quitó aquel dolor tan agudo, mas quedó en los puros huesos y como descoyuntado, sin poderse tener en pié ni aun casi menearse.

Estando allí enfermo llegó el padre Comisario, y por un auto le mandó, por obediencia y censuras, que le entregase todos los papeles que tenia de su oficio contra frailes, y que si tenia que pedir contra alguno, lo pidiese, que estaba presto de hacer justicia; él, por mano de su secretario, que tambien estaba enfermo, aunque no en cama, le entregó los procesos que tenia, así tocante á frailes y negocios particulares, como los que pertenecian al provincial y difinidores pasados y á las excomuniones en que habian incurrido, y recibió testimonio de haberlos recebido firmado de su nombre. Dióle asimesmo á su ruego é instancia un memorial que le sirviese de luz y guia para proceder en los negocios pasados de tanto peso, diciendo al fin dél que no tenia que pedir contra nadie, antes de nuevo perdonaba á los que le habian hecho ofensas personales, y pedia que contra ellos no se hiciese informacion; y porque el padre Comisario se iba á México, dejó recado al padre Ponce para que en estando para poderse poner en camino, se fuese á convalecer á Tlaxcalla, y á los conventos de aquella comarca, llevando en su compañía á su secretario, al cual tambien habia mandado que tambien le acompañase en el viage de España, como despues lo hizo, proveyendo asimesmo y mandando que un lego de aquella provincia de México viniese tambien con él á España, sirviéndole, y tambien dió casas en que morasen los demas frai-

les que le acompañaron desde Yucatan, procurando consolarlos por respecto del padre Ponce.

*De algunas cosas que se decian del nuevo Comisario, y otras del padre Ponce, y como se fué á Santa Bárbara de los descalzós.*

Era tanta la passion de algunos frailes de la provincia de México, y tan malas sus intenciones, que con haber pasado realmente lo que queda dicho y mucho mas de la enfermedad del padre Ponce, se atrevieron á decir y publicar que la habia fingido, por solo ir á la Puebla y verse con el Obispo de Tlaxcalla; y ya que vieron que esto no se les creia, por ser como era falsedad y mentira, se esforzaban á querer divulgar que en Tecamachalco se habia encontrado con el padre Comisario general, y que no estaban conformes, sino muy encontrados, siendo todo muy contrario de la verdad. Condicion por cierto de gente libre, y que queria que los mayores y cabezas no estuviesen conformes, sino divisos y encontrados unos con otros, para que ocupados así y embebecidos en sus discordias, puntos y intereses, no adviertan á lo que ellos hacen, y puedan ellos gozar de su libertad y vivir á su alvedrío, porque según dicen, á rio vuelto ganancia de pescadores, y por mejor decir de pecadores. No faltó entre estos cizañadores quien comenzó á sembrar por la Puebla de los Angeles, que el padre Ponce no salia á la cibdad por estar recluso y detenido en el convento por el padre Comisario, que no le



dejaba salir, pero hubo quien le dió aviso desto, aconsejándole que convenia mostrarse en público para desengañar á la gente, y así, martes veintiuno de Marzo, sintiéndose algo mejor y mas aliviado, y despedido de los frailes de aquel convento para irse al de Tlaxcalla, salió con su compañero á la cibdad; visitó al Obispo y á todos los prelados de las órdenes, y algunas otras personas principales á quien tenia mas obligacion, con lo cual todos se desengañaron y juntamente recibieron contento de verle. A la tarde se fué al convento de Santa Bárbara de los descalzos, los cuales le habian visitado muy á menudo todo el tiempo que en el de San Francisco estuvo enfermo; allí se detuvo con ellos hasta el viernes siguiente, y allí era visitado de muchos de aquella cibdad. Allí fué el fraile lego que habia de venir á España, y le comenzó á servir en su convalecencia, y allí fué á verle fray Pedro de Zárate, el que por su orden habia venido á capítulo general, y vuelto á aquella tierra en aquella flota, como queda dicho. Este estaba á la sazón en desgracia del padre Comisario, y aun se quedó en ella cuando el padre Ponce salió de Nueva España para Castilla, sin que bastasen razones ni ruegos, ni aun lágrimas para aplacarle y que le recibiese en su gracia, segun estaba de indignado contra él. Esta indignacion decian que era por dos causas: la una porque cuando escribió desde Ocoa á Yucatan al padre Ponce, no habia dicho claramente en la carta que iba por Comisario general, sino á entender en los negocios de la provincia de México; y la otra porque se decia que publicaba el fray Pedro de Zárate que en aquella mesma flota se habia de volver á España, y que llevaba licencia para ello; y lo uno y lo otro daba tan notable pena al pa-

dre Comisario nuevo, que todas las veces que le trataban de fray Pedro de Zárate, se enojaba demasidamente contra él, y luego traia en consecuencia aquella carta que habia escrito desde Ocoa á Yucatan. El tener fray Pedro de Zárate licencia para volver á España, era verdad que la tenia del padre Ministro general, pero decia-se que no queria el padre Comisario que la cumpliese, temiéndose que habia de decir acá lo que habia pasado en las elecciones del capítulo cerca de los excomulgados, y como se habia tenido sin aguardar al padre Ponce, y que la visita se habia hecho por la posta, no mas de por cumplimiento, sin querer admitir visita ni aviso ninguno de las cosas pasadas tocantes al rebellion; de que no poco estaban sentidos los frailes celosos de la observancia de la religion. Lo otro que escribió fray Pedro de Zárate desde Ocoa, decia-se en todo lo de México con mucha publicidad, no solo entre la gente comun mas aun entre la principal, y aun muchos lo creian y afirmaban, diciendo que el padre fray Bernardino de San Cebrian no iba á mas de allanar los negocios de aquella provincia, y que luego se habian de volver á España y traer consigo los culpados, dejando al padre Ponce en su oficio de Comisario. Esto vino á noticia del mesmo padre San Cebrian, porque tambien se platicaba entre frailes, y indignado de ello dijo públicamente que él iba por Comisario general de Nueva España, y que no cabia en razón que siendo su hermano Comisario general de todas las Indias, fuese él por solo visitador y juez de aquella provincia sobre los negocios pasados.



*De como el padre Ponce fué á convalecer á Tlaxcalla, y de lo que dél y de su sucesor se decia en aquella provincia.*

Viernes veinticuatro de Marzo, de día claro, salió el padre fray Alonso Ponce del convento sobredicho de Santa Bárbara, y andadas cinco leguas con harta fatiga y trabajo, porque aun estaba todavía muy flaco, llegó á comer á la cibdad y convento de Tlaxcalla, donde así de los frailes como de los indios fué muy bien recibido, con mucha fiesta y música, y los unos y los otros mostraron el grande amor y devocion que le tenian. Estaba entre los frailes un hijo y natural de aquella provincia, el cual, cuando vió al padre Ponce entrar en el patio de la iglesia, vuelto á otros frailes, comenzó á llorar y á decir con mucho sentimiento que maldito fuese el que le habia perseguido y no querido obedecer. Y no era este solo el que esto sentia y decia, pero aun los mesmos que le habian perseguido confesaban que habian errado y andado engañados, y que pluguiera á Dios que hubieran antes entendido lo que ya entendian de la bondad y santidad del padre Ponce, y no hubieran comenzado á desobedecerle, y que ojalá los mandara y gobernara él y no el que habia ido en su lugar, de quien, casi todos en general, estaban quejosísimos y publicaban mil males, diciendo que los trataba con mucho rigor y aspereza, y que los afrentaba de palabra; y que en el capítulo habia hecho las partes del que salió por

provincial, tan al descubierto, con unos y con otros, que por esto llamaban á aquel capítulo públicamente el capítulo de la caridad, y que habian de dar noticia dello al Papa. Finalmente, casi todos á una mano estaban mal con él, especial los que allí han tomado el hábito, á los cuales jamás contentará Comisario ninguno que les fuere de España, sino es que en todo acuda á darles gusto, y que no tenga mas que nombre de Comisario, porque, para decir verdad y hablar claramente, no estaban ni están mal estos frailes con los Comisarios que les envian, sino con el oficio que llevan, y este es el que abominan y resisten, y querrian echar de sobre sus hombros; ó que, cuando hobiesen de tener Comisario, se eligiese de entre ellos mesmos quien disimulase sus cosas y los dejase vivir á las anchas. Pero dejado esto aparte, volvamos al padre Ponce, que ya era llegado á Tlaxcalla: allí, pues, se detuvo hasta la dominica quinta, despues de Pascua, siendo regalado de los frailes, los cuales, con mucho amor y voluntad, acudian á servirle y hacerle caridad, viendo cuán flaco y necesitado estaba y lo mucho que merecia. El se esforzó el Jueves Santo, y predicó á la misa mayor á los españoles con mucha alegría y contento de todos; lo mesmo hizo el segundo día de Pascua á una misa nueva, con que todos quedaron muy edificados, y él, desde aquel día, cobró tan aprisa las fuerzas perdidas, que en muy poco tiempo se halló tan sano y recio como antes que cayese en aquella enfermedad. Allí, á Tlaxcalla, le fueron á ver muchos frailes, así de los obedientes como de los que no lo habian sido, y todos se volvian á sus casas muy consolados; otros le escribian dándole el parabien de su llegada, y ofreciéndose que le acompañarian y servirian



hasta España, y no concediéndoseles esto por el padre Comisario general, se le ofrecian que harian cuanto les dejase mandado, y espontánea y voluntariamente se ofrecieron algunos á decirle muchas misas por su salud y buen viage.

*De un caso extraño que sucedió en San Francisco de México, y de como tembló la tierra.*

Estando el padre fray Alonso Ponce en Tlaxcalla, sucedió en el convento de San Francisco de México un caso bien notable y escandaloso, el que, aunque fué entre frailes, publicóse despues tanto entre los seglares, que nos pareció ser acertado contarlo aquí como ello pasó; y fué, que estando en la enfermería de aquel convento, ciego y enfermo en la cama, un fraile muy viejo y honrado de la provincia de Castilla, llamado fray Francisco de Tembleque, el que hizo los arcos tan nombrados en la Nueva España, por donde va el agua desde Cempoala á Otumba, que se dicen de Tembleque, y habiéndole dado un fraile lego viejo, hijo de aquella provincia de México, que le sirviese y ayudase en su trabajo y enfermedad, el cual dormía en la noche en la celda del enfermo, junto á los piés de la cama, Miércoles Santo en la noche, como á las tres de la mañana, ó enfadado ya el lego de servirle y queriendo quitarle la vida para que no tuviese necesidad de quien le sirviese, ó porque perdió el juicio, ó se cegó de alguna mala pasión, determinó de matarle; y á la hora sobredicha lle-

gó á él, y le dijo con importunacion que se quitase un paño que tenia atado á la garganta para lavársele. El pobre ciego le dijo que no estaba sucio, y que no era aquella hora de lavarle; el lego quisiera quitarle el paño para poder hacer más á su gusto lo que despues hizo, y viendo que no se le quitaba dióle, sin pedirle, el orinal diciéndole que le tomase y proveyese la orina, el enfermo le tomó, y estándola proveyendo, le dió el lego con un cuchillejo una cuchillada por la garganta pretendiendo segársela, pero el enfermo que habia sido hombre de grandes fuerzas y ánimo, así á tiento y á oscuras como estaba, le asió del cuchillo por lo agudo, y tirando dél el lego le segó los dedos, y luego con el mismo cuchillo le acudió con otras dos ó tres estocadas por la garganta, algunas de las cuales llegaron á lo hueco, y por ellas respiraba; y dando el herido voces y llamando al mismo lego que le ayudase, que le mataban, porque no pensaba que fuese él el que le heria, entónces el lego, disimuladamente y como sino hubiera hecho nada, se volvió á su cama y se procuró quietar. Sintiéndose el viejo tan malamente herido y todo bañado en sangre, de la mucha que le salia de las heridas, comenzó á dar voces y llamar quien le socorriese, pero como nadie le respondia levantóse de la cama, y, á gatas y como pudo, llegó á la puerta, más no la pudo abrir, que el lego la tenia atrancada por de dentro. Dió golpes en ella, y como tampoco le respondiesen, tornábase á la cama con intento de recogerse y encomendarse á Dios, y esperar la muerte que se acercaba; y antes de llegar á la cama se levantó el lego, y le dió un embion con que le derribó sobre la suya, y abrió la puerta y salió, y cerrándole por de fuera se fué á esconder. Advirtiéndole entón-



ces el herido que su compañero era el que le habia tratado tan mal, tornó á la puerta y dió golpes y voces; á las cuales acudió el enfermero con lumbre, y espantado de verle así tomóle de presto la sangre, y hizo venir luego un zurujano, el cual le curó tan bien que, mediante Dios, con solo un aceite que le ponía y con dieta que le hizo tener muy grande, dentro de pocos dias le dió sano, no sin grande admiracion de todos, los cuales lo atribuyeron á milagro. Cogieron luego al malhechor que se habia escondido detrás del órgano, y preguntándole que porque habia hecho aquel desatino, no respondia otra cosa (aunque primero lo negaba), sino que el diablo le habia engañado; fué luego esta nueva al convento de Sanctiago Tlatilulco, dónde estaba el padre Comisario, y el Virey y Vireina con su hija aposentados, (que todavía se entraba como de antes en los conventos) y publicada á todos, se publicó luego por la cibdad y despues por toda la provincia.

Por este tiempo, martes once de Abril á las cuatro de la tarde, tembló la tierra en México y en toda aquella provincia, lo cual causó temor muy grande á la gente, por haber mucho tiempo que no temblaba; pero mucho mas fué lo que temieron cuando despues, miércoles veintiseis del mismo, tembló tres veces, las dos dentro de media hora, como á las tres de la tarde, y la otra á la noche, con lo cual se cayeron en México y en sus alrededores algunas paredes y otros edificios hicieron sentimiento, especialmente en Cuyuacan, donde se cayó mucha obra del convento que allí labraban los padres dominicos. Despues desto, martes nueve de Mayo, tembló otra vez á las diez de la noche pero fué poco.

*De como el padre Comisario envió por los frailes que tenia desterrados en Michoacan y los mandó venir á España, y ellos vinieron á México, á donde no dejó ir al padre Ponce, y de lo que allí decian dellos.*

Pasada la Pascua de Resurreccion salió el padre Comisario de México y fué á Toluca, donde ya por orden y mandado suyo estaban los cinco frailes que tenia desterrados en lo de Michoacan, y allí les notificó que se aprestasen para venir á España en cumplimiento de una patente del padre ministro general, que les intimó, con ánimo (segun dijo) de, si rehusasen de obedecerla, enviarlos desterrados cada uno á su provincia, y recluirlos á cada uno de por sí en su monesterio. Ellos, entendido esto, obedecieron luego la patente y pidieron licencia para venir á México, á buscar matalotage y aprestarse para la partida y viage. Dióselo el padre Comisario, y, llegados á México, era lástima ver la libertad y soltura con que andaban por aquellas calles, yendo y viniendo á Palacio tarde y mañana, sin dejar de salir ningun dia de muchos que allí estuvieron, procurando por sí y por sus aliados dar á entender y hacer creer al pueblo que no venian desterrados, sino á alegar de su derecho, y que se viese en España su justicia y la razon que habian tenido, y aun se atrevian á decir que luego en aquella flo-ta se habian de volver, y que fray Pedro de San Sebastian habia de llevar un Obispado; dando en todo á entender que no habian sido culpados en aquellos negocios. Cau-